

LA EMIGRACION DE LA PENINSULA IBERICA A AMERICA

Nicolás Sánchez-Albornoz

Dos penínsulas, la italiana y la ibérica, constituyen el objeto de esta sesión sobre la emigración masiva a América. P. Cerase ha comentado el conjunto de comunicaciones dedicadas a Italia. Su exposición comienza enmarcando el fenómeno migratorio. Por decisión de los organizadores, me toca en cambio comentar ahora las presentaciones relativas a la Península Ibérica. Al contrario de mi colega romano, he de ofrecer primero un breve balance de las comunicaciones. Al final de mi intervención efectúo a mi vez, consideraciones generales. Apunto comparaciones, destacando que tienen las emigraciones de ambas penínsulas mediterráneas en común. Las diferencias que también aparecen, sugieren reflexiones que en el futuro es de esperar ayuden a precisar, al revés, los rasgos característicos de cada caso mediterráneo, nacional o incluso regional. Tal enfoque comparativo ha sido adoptado por cierto en sólo un par de las comunicaciones presentadas. Desde la óptica de un país receptor, H. Gutierrez sobre todo examina la afluencia y caracteres de los pocos emigrantes que acudieron a Chile de las tres nacionalidades.

De las demás ponencias, unas hay de carácter crítico y metodológico y otras sobre todo expositivas. Entre las primeras, Díez Medrano dedica sus primeras páginas a trazar un cuadro somero de la emigración española sobre la base de cifras agregadas en origen, definiendo su dimensión, variabilidad anual, destinos y diferencias regionales y contrastando este movimiento con el de otros países europeos, así como con la emigración española a Africa en el mismo periodo. La parte central de la contribución de Díez Medrano consiste sin embargo en una revisión crítica de los preconceptos que abundan en la literatura española sobre emigración. Un marcado y poco elaborado economicismo prevalece, según él, al identificar motivos. Frente a él, Díez Medrano propicia la inclusión de otros factores como son las oportunidades que la legislación y los avances de la comunicación, en particular del transporte, crean entonces para emigrar. Esta apertura hacia otras posibles causas, por lo demás obvias, se completa con la invitación a estudiar el comportamiento del emigrante, del "sujeto activo" en palabras recién oídas a P. Cerase.

De los datos agregados, Díez Medrano se orienta pues hacia el nivel individual, en un giro que recuerda al operado también con respecto a la reproducción, otro hecho demográfico volitivo. De las condiciones estructurales la atención pretende moverse ahora hacia el proceso de decisión. De cómo

articular condicionamientos y actos individuales no deja de presentar por ello grandes problemas.

El trabajo de Costa Leite sobre Portugal dedica en cambio atención preferente a la evaluación crítica de las fuentes. Las contradicciones que se observan entre las estadísticas de salida y las de entrada a los países de destino, quedan al cabo de su explicación mitigadas. Reivindicaba la información, esboza un cuadro general. Leite repasa también el marco legal de la emigración.

De cómo pesquisar emigrantes trata la comunicación del equipo de la Universidad de Southampton, Inglaterra. Kitts, Diamond, Doulton y Reis detallan en ella los procedimientos a seguir en el examen de fuentes supletorias: listas electorales y de milicia del siglo XIX. El tratamiento electrónico, que se ha usado a menudo ya con respecto a otras fuentes demográficas (record linkage), permite detectar los ausentes y los retornos. La técnica se aplica a datos de una pequeña localidad del norte de Portugal: Viana do Castelo. Los ausentes allí detectados no necesariamente se encuentran en Ultramar. La tradición migratoria del lugar es la que lleva a suponer que cruzaron el Atlántico. La reflexión metodológica prevalece sobre el contenido de la información.

Este papel nos abre las puertas a la exposición de casos. Estos son tres y muy dispares geográficamente y de factura. Yáñez nos ofrece primero un avance de investigación sobre la costa catalana. Un excedente de población busca allí temprano una salida. El flujo coincide con la primera oleada europea del segundo tercio del siglo XIX. Una vez más, Cataluña se adelanta al resto de España y, como con la transición demográfica, se alinea con las regiones avanzadas de Europa. La migración resulta patente por la característica distribución por edad y sexo que presenta la población emisora.

Un crecimiento de la población inferior al vegetativo sugiere a García Sanz Marcotegui y Arizcun la magnitud de la emigración de Navarra, región de la que ignoramos a ciencia cierta hasta lo básico. Los autores refuerzan su tesis con el análisis de una fuente inédita, la encuesta del Instituto de Reformas Sociales de 1887. Esta permite detectar el origen de los emigrantes. Este se sitúa en la montaña expuesta hacia el Atlántico en curso de repliegue económico, y no en las tierras bajas de la ribera del Ebro. No toda la emigración observada por estos medios se dirigió naturalmente a Ultramar.

Conocidos los pormenores de la emigración canaria por trabajos anteriores, Macías discute esta vez los factores de atracción que indujeron a los insulares a embarcarse rumbo a Cuba, principalmente. La reducción de la distancia y de la incertidumbre del viaje por el menor coste del transporte y más rápida circulación de la información, facilitó el desplazamiento hasta el punto que hubo lugar para una numerosa migración estacional y temporal. Macías examina también los ciclos económicos que imprimieron gran variabilidad a este flujo y atribuye gran importancia en la explicación a la iden-

tividad climática y cultural que existe entre las Canarias y las Antillas.

De esta corta reseña, que no hace plena justicia a las comunicaciones, se desprende la falta de escritos sobre regiones que remitieron fuertes contingentes, como son Galicia y Asturias, ausencia por lo demás casual pues existen trabajos en curso sobre ellas. Aún así, los materiales disponibles sobre la emigración ibérica consta que son escasos, tanto más si se los compara con las investigaciones históricas disponibles sobre movimientos europeos de la misma característica y época. Es de esperar que el encuentro de Barcelona estimule a corregir este déficit.

El carácter inicial de estas investigaciones viene además reflejado en el peso que todavía tiene en la discusión la evaluación de las fuentes. Hay sin duda, como en los casos de Vianna do Castello o Navarra, un intento de localizar fuentes supletorias y de sopesar su rendimiento. No obstante, sigue estando sobre el tapete el debate elemental sobre la confiabilidad de los datos globales. Esta preocupación se manifiesta en los trabajos de Costa, de Díez Medrano y también de Gutierrez. No ha habido, notemos, una reelaboración reciente de las cifras que en su día recopiló Wilcox. La confrontación entre las cifras de salida y las de entrada en las naciones receptoras prosigue, sin atender a que no tienen por qué casar y que el recurrir a unas u otras depende del tema que se quiera investigar, si es el impacto migratorio en destino o en origen. Notemos además que los datos oficiales de entrada en el país receptor, recopilados como es natural, por nacionalidad, nunca valdrán para estimar la procedencia regional.

En el espíritu de los organizadores de esta conferencia, la migración masiva quedaba delimitada entre 1860 y 1930, sin que los extremos tuvieran que ser estrictos. La restricción tenía por objeto hacer resaltar la singularidad histórica que reviste el proceso, en particular para naciones con una larga tradición migratoria como son España y Portugal. La migración masiva en estos países no es ciertamente comparable en volumen y naturaleza con la de las fases anteriores. En un orden más general, la migración europea en masa no tiene a su vez parangón sino con la que llevó a los africanos también hacia América de los siglos XVI a XIX. Que la migración desde Africa haya sido forzada y la europea espontánea no quita que ambos sean los dos únicos ejemplos históricos equiparables por su dimensión y sus efectos.

La emigración desde la cuenca del Mediterráneo solamente cobra vuelo masivo bien entrado el siglo XIX. El área apenas interviene en efecto en la primera oleada migratoria que dominan británicos, alemanes y escandinavos. Contribuye en cambio plenamente a la segunda oleada de fines de siglo en la que participa junto con los europeos orientales. Esta significación especial del segundo período no se halla por cierto suficientemente reconocida en los papeles presentados. Más bien sobreentienden la continuidad. La índole descriptiva de buena parte de ellos explica la omisión. Buscan esclare-

cimientos más bien hacia atrás que en la comparación con otras áreas. Y sin embargo es gracias a ella como cabe dar un perfil al fenómeno histórico que nos congrega. Me permitiré pues apuntar posibles comparaciones, limitándome a las que cabe formular con respecto a Italia y a la Península Ibérica.

Aunque italianos, españoles y portugueses constituyen el grueso de la segunda oleada masiva a América, nótase una primera diferencia entre las salidas de ambas penínsulas. El norte de Italia participa en algún contingente tardío en la primera oleada, lo que apenas ocurre en España salvo en Cataluña, como pone de manifiesto Yáñez, y, caso aparte, Canarias. Precedencia italiana, desfase cronológico. Aquí la supuesta afinidad étnica o cultural que favorecería a Portugal y a España sobre Italia en Iberoamérica rueda por los suelos. Mayor capacidad respectiva de expulsión o de retención? Un tema a discutir.

Durante la época ya de salidas masivas, el grueso de la emigración hacia América procede en Italia del Sur, napolitanos y sicilianos. En España y Portugal, el flujo equivalente parte de la cornisa noroccidental: Asturias, Galicia, Miño y Beira. La Iberia meridional -Alentejo, Algarve, Extremadura y Andalucía-, con afinidades con el Mezzogiorno, no despide en cambio contingentes equivalentes. Las explicaciones para Andalucía son varias: la atracción que el Oranesado, Mediterráneo de por medio, ejerce sobre los andaluces orientales y murcianos; la migración interior hacia la Cataluña industrial y la retención de brazos por parte de la agricultura y minería de la Andalucía occidental. La coincidencia en el tiempo recubre pues condiciones agrícolas y sociales no equiparables. Los contrastes entre el Mezzogiorno y el otro mezzogiorno ibérico necesitan sin embargo ser profundizados.

Italianos y portugueses acuden en grandes sumas al Norte del contingente; contados son en cambio, los españoles de cualquier región que se embarcan para los Estados Unidos. Las oportunidades son las mismas para todos; pero aquí intervienen sin duda factores políticos: la guerra hispanoamericana y las cuotas por nacionalidad fijadas luego por el gobierno estadounidense. Iberoamérica es el destino común de las tres nacionalidades; la distribución dentro de ella no es sin embargo pareja.

Si las procedencias y los destinos no se solapan, los condicionamientos y los motivos no han debido ser por consiguiente los mismos. También debieron contar las redes de difusión de la información y de transporte que no fueron iguales. Los buques de pasajeros italianos, por ejemplo, no sólo llevaron a sus connacionales, sino a buena parte de los españoles y portugueses.

En términos muy generales, la simultaneidad de la migración masiva a partir de ambas penínsulas mediterráneas se explica por la demanda de brazos y cerebros que ejercieron las dos Américas entonces, así como por su disponibilidad aquí. Ahora bien, ante una atracción que suponemos común, la respuesta no fue idéntica ni dentro de cada país, ni por

naciones. Cada grupo o cada sujeto, como se subrayado antes, reacciona ante los condicionamientos y los estímulos de manera distinta. Al reconocer al individuo como actor central, la tentación evidente es la de caer en el psicologismo en una materia en la que, por la envergadura del problema y por la calidad de los sujetos, poco propensos a dejar testimonio personal, la información será siempre deficiente como para alcanzar resultados válidos. Dado por otra parte lo heterogéneo de las naciones con que hemos tratado, la región parece brindar en su lugar un marco adecuado, todavía complejo, pero intermedio entre la escala nacional y el individuo, donde cabe dominar de manera más eficaz las múltiples variables que intervienen en el fenómeno migratorio.

BIBLIOGRAFIA

- DIEZ MEDRANO, J., "Aproximación teórica a la emigración española a América (circa 1870-1930)", trabajo presentado en el I Congreso Hispano Luso Italià de Demografía Histórica.
- MACIAS HENANDEZ, A.M., "La emigración canaria a América (1830-1930). La incidencia de los factores de atracción", trabajo presentado en el I Congreso Hispano Luso Italià de Demografía Histórica.
- GARCIA-SANZ MARCOTEGUI, A. y ARIZCUN CELA, A., "Aproximación cuantitativa y comarcal a las emigraciones navarras en la segunda mitad del siglo XIX (1879-1883)", trabajo presentado en el I Congreso Hispano Luso Italià de Demografía Histórica.
- GUTIERREZ ROLDAN, H.G., "La inmigración española, italiana y portuguesa. Chile, 1860-1930", I Congreso Hispano Luso Italià de Demografía Histórica.